

E S T A M P A S

VISIÓN

La vida empezó a adquirir el ritmo de siempre. El patio se llenó de luz. Por todas partes el sol se filtraba con fuerza inundando las hojas verdes de las enredaderas con reflejos dorados. Toda la casa adquirió movimiento. Unos iban, otros venían. Siempre igual, conocido. Las mismas inquietudes se producían cada día en todos los que habitaban aquella casa. Era una vida sencilla, sin complicaciones.

El escenario cotidiano volvió a mover sus figuras, llenas hoy con la tremenda fuerza de la vibrante luz del sol.

En un extremo del inmenso patio, junto a la enredadera verde que rápida trepaba por entre las rejillas amarillas, la vieja sirvienta, con ademán reposado, descolgó la jaula de los pájaros donde una pareja formaba ya su nido y con rostro plácido contempló a los pajarillos, quedándose extasiada con la jaula entre las manos.

Del fondo del mismo patio surgió la figura noble del padre, quien, con ritmo seguro y decidido, le atravesó en toda su longitud, llamando con voz fuerte y acogedora: «¡Madre, madre... carta del hijo...!»

Junto a él, con ademán rápido, como si todo quisiera cogerlo de una vez, apareció el otro hijo, fuerte y hermoso, despojándose rápidamente de sus vestiduras, con el traje de baño entre las manos, como si temiera que el mar, la playa, fueran a escapársele.

Allá en la sala, la tía solterona sentada junto a una mesa en donde reposaba un cestillo de agujas y ovillos, tejía un nuevo encaje de crochet, siempre distinto y siempre igual. En sus ojos miopes y curiosos, dormidos y vi-

vos, sus lentes de oro parecían perderse. El movimiento de sus manos era suave, rítmico.

Sentada en el piano, la hija mayor repasaba la última canción de moda y en su picaresca y graciosa expresión dibujábase una sonrisa

La figura erguida de la madre, reposada y altiva, apareció en el otro extremo, cerca del patio de entrada, llevando de la mano a una niña junto a la cual otras dos tiraban del vestido.

Recorriendo su milenario objetivo, el destino cruzó veloz entre los múltiples problemas que en su desenfrenada carrera atesoraba. Unos contra otros iban estrujados, como perdidos borregos, incapaces del menor movimiento propio, aceptando de antemano el camino trazado.

La radiante luz de aquella mañana de verano dio de lleno en su inmensa retina, con tal fuerza luminosa, que amortiguando su arrolladora carrera y cogiendo entre sus garras aquel trozo de luz cegador, ínfimo y poderoso, atronó el aire con un grito que repercutió a través de miles y millones de siglos... «Detente... ¡oh vida!»

La vieja sirvienta colgó despacio la jaula de los pájaros y apoyando sus dos manos en el delantal, por sus ojos cansados, sin añoranzas, cruzó un ligero destello de sorpresa y temor...

El impetuoso joven, lleno de vida, con su traje de baño apretado entre las manos, dejó de correr, escuchando atentamente aquel extraño eco...

Los lentes de oro de la tía solterona cayeron resbalando sobre su pecho y el encaje de crochet hizose un montoncillo dentro del cesto, mientras sus ojos inquietos algo anormal presentían...

La canción moderna dejó de sonar y la expresión picaresca y alegre de la hija mayor, volvióse asustada y curiosa...

La madre y señora apretó más la mano infantil que sujetaba entre las suyas y alzando su figura y su voz gritó:

—¿Quién llama...?

Las niñas aprovechando ese instante de rápida confusión tiraron aún más del vestido de la pequeña que, con el esfuerzo, soltóse de la mano que la aprisionaba.

Una de ellas, corriendo loca hacia la orilla del mar, llevando tras sí a las otras hermanas, gritó también:

—¡Mamá, mamá! No es nada, déjanos, ¡por Dios!, ir a jugar a la playa...

El mar, lleno de luz y piedrecitas de colores, agitaba sus olas de baja mar en suave balanceo, dulce y monótono.

Las tres niñas, junto a la orilla, comenzaron a construir, impacientes, sus castillos de arena.

EL CUADRO

Cuando atravesaba corriendo el patio y luego el hall grande de cristales, antes de llegar al zaguán, sus ojos invariablemente tropezaban con el cuadro.

Era un cuadro pequeño, sin valor. Contenía una estampa en colores, muy sencilla: una mujer y dos niñas en lo alto de unas rocas, desafiando al mar con expresión de dolor y miedo en sus ojos.

Ella no veía nada de esto. Nunca lo vio.

En su carrera a través de los largos patios buscando la salida hacia la playa, el mar y sus ilusiones, siempre miró el cuadro, su claro colorido, su composición, pero nunca vio en él la amargura y tormento de su asunto. El ímpetu de su juventud y la alegría regocijada de su carácter formaban la gran barrera que le impedía llegar hasta el fondo de aquella amarga estampa.

Mas no se podía dudar que siempre lo contempló con alegría.

En aquel simple grabado quedó recogida toda la incomparable fuerza de su inquieto espíritu.

Muchos, muchos años pasaron y no volvió a ver aquel cuadro. Ni siquiera lo recordaba. Todo estaba ya tan leja-

no que si alguien le hubiese hablado de un pequeño cuadro, «que estaba allí, en determinado rincón»... hubiese tenido incluso que pensar... recordar... ¿cómo era...?

Pero volvió a verlo.

Estaba entonces en otra habitación, en otra casa, con un decorado totalmente distinto, pero sus ojos, perdida ya la inquietud, le hallaron instantáneamente.

Toda su vida pasada estaba allí, reconcentrada en aquel cuadro pequeñito. Uno a uno fueron desfilando ante su mente los recuerdos intactos de su juventud: el pequeño rincón junto a la puerta de entrada, el cuadro quieto, fijo, inmovible a través de los años. Volvió a sentir el olor salobre del mar, el ruido alborotado de aquellas olas vibrantes y como un caleidoscopio brillante, lleno de múltiples colores, retrocedió a su vida pasada, a la alegría desbordada de su alma de niña.

Y entonces contempló el cuadro. Sólo entonces lo vio tal cual era.

Y pudo llegar a comprender toda la amargura y desconsuelo que aquella estampa vulgar y descolorida encerraba...

EL PIANO

—¡Ha llegado el piano nuevo!

Se oyen pasos apresurados, risas, voces. Todos corren a presenciar el acontecimiento de la llegada del piano nuevo.

Ha venido por el mar, en un barco extranjero, mecándose sobre las olas.

Todos le rodean, curiosos, y le contemplan admirados.

—¡Qué piano tan hermoso! ¡Es una maravilla!

El piano parece regodearse, orgulloso, ante tanta alabanza.

Es realmente hermoso el piano nuevo. De larga cola, con su brillante y pulido barniz negro, hace reflejarse en él cuanto se le acerca.

Aquella noche hubo reunión familiar. Todos vinieron a escucharle. La abuela, los tíos, los primos quisieron presenciar también aquel acontecimiento.

Las niñas se pusieron sus nuevos vestidos de organdí y apretaron bien los lazos de sus trenzas rubias.

Una a una fueron sentándose al piano y tocando la pieza convenida. ¡Con cuánta emoción se oyeron los primeros acordes! ¡Qué bien sonaba!

Alguien dijo: «Este piano durará varias generaciones... ¡tiene tan rico sonido!»

Por último se agruparon las tres hermanas junto a él para tocar el trío final. El piano recogió, por primera vez, entonces, aquellas tres imágenes juntas, curvadas, reflejadas fuertemente en el negro pulido y brillante de su tapa.

Así aquellas niñas, luego mujeres, fueron habituándose al sonido fuerte y dulce de aquel piano y él supo de la alegría y las emociones de aquellas vidas incipientes.

A partir de entonces, muchas fueron las pulsaciones que aquel piano recibió. Manos hábiles e inspiradas, arrancaron sonidos deliciosos a su perfecta caja de música y los martinetes se multiplicaban adivinando la recia y distinta forma de interpretarlos.

Pero el piano, acostumbrado al sencillo roce de aquellas manos familiares y a recoger invariablemente el reflejo de sus cuerpos jóvenes sobre el pulido brillante de su negra tapa, nada le importaba que manos más firmes y seguras le hicieran sonar con precisión.

Aquel piano tan grande y tan brillante contrastaba enormemente con las tres figuras rubias y frágiles.

El piano aquel —que alguien profetizó a aquella familia que duraría varias generaciones— está hoy colocado en el escaparate de una tienda de compraventa, a través de grueso cristal.

Puede vérselo allí, mudo y quieto, esperando algo que nunca más podrá ya percibir.

Su porte es más severo, su brillo más intenso.

Pero de todo él parece desprenderse algo perdido, ido, que en vano busca en aquel absurdo y desconcertante rincón...: el reflejo querido de aquellas tres figuras jóvenes, curvadas, grabadas intensamente en la tapa negra y brillante de aquel piano de cola...

MI AMIGA JUANITA

Mi amiga Juanita vive en un pueblo rústico con aires de pequeña ciudad. Es una mujer alegre, simpática, de cara agraciada. Me sentí atraída hacia ella por la sencillez y alegría de su carácter. La invité a mi casa al poco tiempo de conocerla y ella, a su vez, me invitó a la suya.

Me obsequiaba espléndidamente. Me sorprendió verla siempre tan contenta, tan animada. No podía explicarme, conociendo la vulgaridad de aquella vida pueblerina. Lo atribuía a cualquier gozo íntimo que yo no podía percibir. Estaba casada con un hombre terriblemente vulgar y corto de alcances. No tenía hijos ni con ella vivía ningún otro pariente. Su casa era bastante modesta y aunque su marido ocupaba en el pueblo un cargo destacado— ¡los cargos destacados de los pueblos!— no parecían tampoco poseer grandes bienes de fortuna.

¿De dónde provenía, entonces, aquella contagiosa alegría?

Deseando llegar a conocer el fondo de aquella vivacidad tan atrayente, poco a poco fui adentrándome en su vida. ¿Cuáles eran sus deseos, cuáles sus ilusiones?

Con simple sonrisa me confesó que jamás cogía un libro entre sus manos, que le aburría enormemente leer y que incluso el periódico era exclusiva lectura de su marido.

Queriendo insistir un poco más le dije:

—Bueno... alguna novelita rosa...

¡Quiá— me contestó— ni eso tampoco!

Entonces me aventuré a hacerle otras preguntas: la música, por ejemplo, algún simple y pequeño entretenimiento... bordar... Y rápida e ingenuamente me contestó:

—Sólo me gusta comer...

La miré perpleja. Pero, ¿esta mujer con cara tan alegre y graciosa, no puede tener otra ilusión?

Se acercó más confidencialmente a mí y con expresión radiante me dijo:

—Sabes... he oído decir que si pudiésemos matar a la luna viviríamos eternamente...

Di un salto, asustada. La miré fijamente, con sumo interés.

Su expresión era plácida, serena. Toda ella reflejaba

una gran felicidad mientras levantaba los ojos al cielo esperando aquel trascendental acontecimiento.

Quedé sobrecogida.

Aquella pobrecita mujer, simple y vulgar, soñaba con la eternidad. Y ¿cuáles eran sus anhelos, cuáles sus ilusiones?

Simplemente el goce más vulgar de los sentidos.

Turbada, no pude menos que recordar aquel cuento de Azorín en que nos dice: «para ser feliz, no es requisito indispensable tener cerebro...»

MARÍA ROSA DE LA TORRE MILLARES